

Actualidades



CHAMORRO.—Por estar pensando en los submarinos alemanes, se olvidó Mr. Wilson de quitarle las tripas al pavo que tan bondadosamente me ha obsequiado. Si yo hubiese sabido que me lo daba con tripas y todo, tal vez no lo acepto.

Tipografía "La Unión"
de
Dutriz Hermanos

San Salvador, C. A.

Toda clase de trabajos de Imprenta.
Nitidez, Arte, Prontitud, Baratura.



ACTUAGIDADES



REVISTA MENSUAL, ILUSTRADA, LITERARIA, HUMORISTICA, INSTRUCTIVA.

Directores:

S. Martínez Figueroa
Francisco R. González
(Fósforo)

MSL 032194

Nos. 23 y 24

San Salvador, C. A., Noviembre y Diciembre de 1916.

Año II

BIBLIOTECA NACIONAL-HEMEROTEC
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



DR. ALONSO REYES GUERRA,

Abogado del Gobierno de El Salvador, ante la Corte de Justicia Centroamericana,
en la demanda establecida contra el Gobierno de Nicaragua.



Alfonso XIII El Rey Caballero

MÁS de una vez, sentado en el paseo de la Concha de San Sebastián, he alzado la mirada del periódico o del libro que leía y he visto la juvenil y arrogante silueta del rey de España. Sencillo de traje, acompañado por un amigo, a pie, como un simple paseante, así le gusta recorrer la ciudad veraniega a don Alfonso XIII.

Esta sencilla forma de pasear está en contradicción con todas las tradiciones realengas. Por lo menos, muchas personas no conciben que un monarca de un ilustre reino pueda presentarse a sus súbditos como un camarada de ciudadanía, desprovisto de los brillantes ratos históricos y palaciegos. Un argentino, recién llegado a España, pedía cierta vez que le brindase la ocasión de contemplar al rey, a quien miraba sinceramente. Yo sonreí, diciéndole: «Mírelo usted...»

En efecto, don Alfonso pasaba en esos días por el hermoso voladizo que rodea la bahía de San Sebastián, y el caballo argentino, estupefacto, no sabía qué pensar ni qué actitud asumir delante del Rey de las Españas, ese vástago de los Borbones y de los Aupsburgos que recorre a pie sus dominios, saludando afablemente a los transeuntes con su sombrero de paja y con su sonrisa abierta, fácil, generosa.

He ahí un rey afortunado que se enriquece cada hora con el tesoro más deseable: la simpatía. La opinión del mundo lo ha rodeado de una aureola de amor. Y la guerra, madre de todos los estragos, ha venido a añadir mayores prestigios a su simpatía. Desde las estepas rusas hasta los vergeles de Francia, en el fondo de Alemania y de Hungría, en todos los sitios de amargura donde moran los prisioneros, el nombre del rey de España es un símbolo de bondad, de justicia, de reparación piadosa...

ACTUALIDADES

Efectivamente, una guerra tan cargada de odios y horrores exigía que un alma generosa asumiese el dulce destino de ser la intermediaria entre las voluntades combatientes. Nunca, como en esta guerra de naciones, se precisó tanto el concurso de la mediación piadosa. Horroriza pensar qué suerte de crueldades y de injusticias hubiesen podido consumarse, sin la intervención de un poder moral e intermediario. Millones de prisioneros se verían desamparados, y los estados combatientes carecerían de ese nexo moral y compasivo que es, entre la locura de la guerra, algo como el resto, como la posibilidad, como la memoria sagrada de la unión de las razas y los pueblos. Y es para España una indecible fortuna que su rey haya sido preferido entre todos en calidad de mediador. Cuando se abran las cuentas de esta guerra, España en nombre de su rey, no podrá quedar olvidada. Resistente al odio y al ataque, pronta al amor y a la piedad...

En el palacio de Oriente, en Madrid, hay una oficina nueva donde trabajan numerosos empleados. Las cartas llegan todos los días a millares. Es preciso separarlas por grupos, traducirlas, leerlas con atención. Los prisioneros de los distintos campos exponen allí sus angustias y sus necesidades; las madres por su lado, envían sus trágicas preguntas: «¿Dónde está mi hijo? ¿Vive todavía mi hijo?...» Otras veces hay necesidad de leer pueriles demandas o ridículas y atrabiliarias reclamaciones. Todas estas cartas han de ser contestadas y atendidas; los agentes trabajan sin descanso, y los embajadores, con su personal extraordinario, maniobran activamente en los campamentos y en las cancillerías. Y el rey don Alfonso, entretanto visita personalmente la oficina de prisioneros y se entera al detalle de ese dramático epistolario de la guerra.

Cuando el rey don Alfonso nació a la vida, la monarquía española carecía acaso de un prestigio completo; el partido republicano estaba muy fuerte, dirigido por hombres de gran altura intelectual, y la tendencia revolucionaria era un constante peligro para las instituciones. Ruiz Zorrilla, el caudillo adorado de las masas, conspiraba desde París, y el general Villacampa osaba arrastrar las tropas fuera de los cuarteles vitoreando a la República. Al cabo de algunos años, hoy no puede decirse que existan muchos republicanos verdaderos en España. ¿Los

ha desarmado, en efecto, don Alfonso? Cuando menos ha colaborado, con su política, a inutilizar esa fuerza estéril y negativa.

Don Alfonso XIII atravesó en sus primeros años un momento muy difícil. Era el tiempo en que triunfaban las ideas anti-nacionalistas; la era terrible del anarquismo teórico y práctico; la zona grave en que el puñal o la bomba anarquistas tenían quizás el tácito asentimiento de la opinión amorfa. Matar a un personaje dirigente casi resultaba una consentida moda. La aberración sentimental e ideológica invadía la plebe y las mismas esferas intelectuales. Entonces entró en la vida pública el rey de España, y el anarquismo internacional lo tomó como sujeto de martirio. Atentaron contra él diversas veces... Era el representante de esa España negra e inquisitorial que cierta estupidez letrada del mundo se obstina en mantener todavía. Estimado por los dioses, don Alfonso XIII ha visto la muerte muy cerca y la ha desviado. Ahora el anarquismo languidece. Y el rey de España, adornado con las galas de su piadosa liberalidad, puede ofrecer al mundo una impresión bien diversa de la que tiene, respecto de nuestra nación, esa estupidez letrada y tradicionalmente incomprensiva.

Un hombre tiene numerosos aspectos, y un rey ofrece aún mayores caracteres de examen. Hubiese querido exponer las distintas particularidades de don Alfonso; estudiarlo como político liberal y progresista, como gobernante un tanto oportunista, como patriota, como amigo de la cultura y el trabajo, como celoso militar, como ciudadano franco y alegre. Y en cuanto lo consienten el respeto y las leyes, hubiese querido también exponer algunos aspectos personales, como su ardor deportista, su entusiasmo por la caza y los viajes, su tendencia a eliminar del gobierno aquellos elementos que podrían, con sus severidades, entorpecer el buen curso de la vida placentera.

Pero el espacio de la indola de una revista como CARAS y CARETAS no consienten mayores explicaciones. Sólo he pretendido delinear la silueta elegante y caballeresca del Rey generoso, del Rey piadoso, la figura eximia que se alza entre el estrago de la guerra como un verdadero símbolo de humanidad.

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA.

San Sebastián, 1916.



Idilio Regio



EN la segunda remesa de sobrinos y sobrinas que Mazarino trajo de Italia a Francia, venía una rapaza de trece a catorce años que le pareció a todo el mundo un prodigio de fealdad. La color de su tez era extremadamente amarilla y su cuerpo contrahecho y canijo; sus brazos y cuello no tenían fin, y sus ojos negros brillaban con resplandor duro y acerado. Su espíritu era lo mismo que su cuerpo, «resuelto, arrebatado y libertino», escribe madame de La Fayette. En medio de sus hermanas y de sus primas, aquella rapaza parecía una bestia salvaje y descarnada, erizada y presta a morder. Aquel esperpento era María Mancini.

Su madre misma tenía mala opinión de ella. Madame Mancini murió en París en 1656. Antes de expirar, le recomendó sus hijos a su hermano el Cardenal y le rogó que hiciera entrar a un convento a su hija tercera María, porque esta tenía muy mal carácter y porque su difunto marido (padre de María), que era un grande astrólogo, le había predicho «que sería causante de muchos males». Mazarino que tenía gran fe en los horóscopos, no creyó en el de su cuñado y conservó a María en la Corte. Como era natural, no tardó en arrepentirse de ello.

Aquella muchacha, a quien los cronistas de la época nos pintan tan tosca y malcriada, era una auténtica mujer del Mediodía, toda llama, pasión y arrebató. Pronto el fuego empezó a brotar al través de todo su ser. Sus ojos se suavizaron, su fisonomía se iluminó y su voz adquirió inflexiones cálidas y conmovedoras. Al mismo tiempo, su espíritu se afinaba al contacto de una sociedad refinada y pulida. Al salir de Roma, se sabía de memoria todos los poetas italianos, incluso el Ariosto, y no tardó en saberse también a los poetas franceses. Corneille la embelesó. Gomberville, La Calprenede, Scudery la embriagaron. La literatura heroica y la literatura amorosa eran su chifladura. La una se le subía a la cabeza, la otra le hacía cosquillas en el corazón. Además amaba las artes y se sentía profundamente atraída hacia la astrología.

En 1658 Luis XIV enfermó de una dolencia que estuvo a pique de quitarle la vida. María dejó pasmada a la Corte con sus gritos, sus sollozos y sus torrentes de lágrimas. Esto se notó tanto más

cuanto su familia tomó el suceso de otra manera, infinitamente más mazarina. El Cardenal ocultaba sus tesoros, escondía sus muebles y les hacía zalemas a los amigos de «Monsieur», hermano del rey, heredero presunto de la Corona. Olimpia, —cuyas tiernas relaciones con el rey habían dado pie a tantos comentarios,— jugaba tranquilamente al naípe. Un príncipe que iba a morir dejaba de tener interés para ella. Cuando Luis XIV, contra toda previsión, entró en convalecencia, «todo el mundo—dice madame La Fayette— le habló del dolor de la señorita Mancini»,

El rey tenía veinte años y había tenido ya algunas aventuras galantes, pero nunca había sido amado, quizás porque era tímido con las mujeres. Era un jovencito que palidecía y temblaba cuando una muchacha guapa le cogía una mano. En estas condiciones, la idea de que había provocado una gran pasión no podía dejarlo indiferente. Miró a María con más atención que antes y la halló muy embellecida. En lo sucesivo, hablaba con más frecuencia y pronto el esquivo monarca se vió arrastrado por el amor de la joven como una hoja por el huracán.

Para comprender lo que pasó en su espíritu es necesario olvidar por un instante al Luis XIV que nos es familiar, al famoso rey Sol, para evocar como era a los veinte años. Su bizarría y su gracia avasallaban. Habilísimo en los ejercicios físicos, danzaba y montaba a caballo a las mil maravillas. Bien es verdad que Mazarino no había querido enseñarle nada más. Luis XIV, en efecto, era profundamente ignorante y ni siquiera poseía aquel dón de adivinación que tienen ciertas personas. No obstante, ya llevaba latentes en su espíritu los gérmenes de las raras cualidades que hicieron de él un gran monarca, pero a estos gérmenes les había faltado aire y luz para hacer explosión. El amor de María produjo en el cerebro del rey como una irrupción de luz en un aposento oscuro. Luis XIV aprendió y comprendió en seis meses mucho más de lo que había aprendido y comprendido en toda su vida.

Ella le reveló el mundo de los héroes; héroes de amor, héroes de constancia y de abnegación, héroes de gloria; reveló los sentimientos grandes o sutiles, apasionados o nobles que son la sal de la

ACTUALIDADES

vida; reprochóle su ignorancia y se hizo su preceptora; llenó las manos de poesías, de novelas y tragedias, que a veces le leía ella misma con su voz cálida y amorosa llena de inflexiones acariciadoras o embriagantes; acostumbrólo a los coloquios serios con hombres de edad o de mérito y lo ayudó a adquirir la nobleza del gesto y la elegancia de la expresión.

Langüedeces, suspiros, presentes, tal era entonces el lenguaje corriente del amor y no hay nada, hasta aquí, que distinga aquella pasión de cualquiera otra de la época. Transcurridas algunas semanas, el príncipe sintióse subyugado por un sentimiento ardiente y complejo, en que se mezclaban la ternura, y el reconocimiento, la admiración, la sumisión, la confianza del educando para con su maestro y la fascinación particular que la mujer del Mediodía ejerce sobre el hombre del Norte. María Mancini atizó el fuego y, apasionadamente, se puso a seguir al rey a todas partes hasta lograr hacerse necesaria. Cuanto al rey, sólo tenía ojos y oídos para ella. Si la Corte viajaba, María abandonaba las carrozas en que iban las damas y, montada en

brioso corcel, se iba por montes y valles con su caballero. Para ellos no existían ni el invierno, ni el verano, ni la lluvia, ni el viento, ni el frío. Estaban juntos: eso bastaba.

Ella lo acostumbró a decirse todo, lo que pensaba, lo que había oído o sabido, sus asuntos, sus proyectos. De ahí a consultarla en todo, no había sino un paso y el rey no tardó mucho en darlo. Dueña absoluta de la mente y del corazón del monarca, María Mancini pensó en sacar partido de su poder. Puso los ojos en el trono de Francia y no lo juzgó demasiado alto. Así se lo manifestó audazmente a Luis XIV, quien no protestó por ello. Después del rey, sólo dos personas tenían voz y voto en el asunto: la reina y el Cardenal Mazarino. Para apreciar lo que María podía esperar de ellas, ya sea en punto a apoyo, o bien como resistencia, es preciso echar una ojeada sobre las relaciones de Ana de Asturia y el Cardenal y sobre el camino recorrido por la familia mazarina desde su llegada a Francia.

ARVEDE BARINE.



D. ABRAHAM RAMIREZ PEÑA

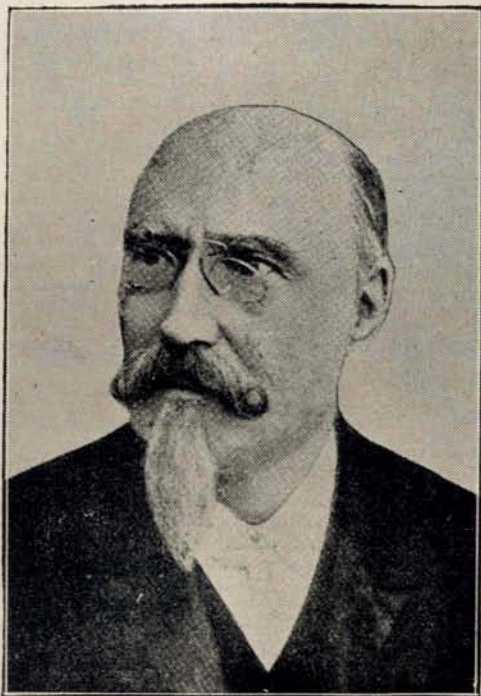
Actual Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, autor de varias obras literarias, entre las que descuellan «CLOTO», novela regional salvadoreña, impresa en Barcelona.

Es además, asiduo colaborador de «Actualidades.»

José Echegaray

Pocos ejemplos habrá en la historia del trabajo humano como el de este hombre que después de consagrar toda su juventud al estudio de las ciencias, llegando a dominar las más áridas abstracciones, se lanza intrépido a la creación dramática, burlando al tiempo en la madurez de la vida y obteniendo de él como por sorpresa o por magia, nueva juventud, con el arranque impetuoso que es patrimonio de los años floridos. En Echegaray hemos de reconocer dos juventudes, como también dos vidas, desarrollándose en curso paralelo y aplicadas a labores tan contrarias como la exactitud fría de la ciencia y el bello desorden de un arte todo fuego y pasión.

Es asombroso que en un cerebro convivan dos formas tan distintas del pensamiento, las cuales en ningún punto pueden, al parecer, hallar contacto y armonía, como no busquemos ésta en las más recónditas sutilezas del espíritu humano. Siempre fué este raro dualismo la más peregrina condición de este hombre extraordinario, en ambas vidas eminente, por especial don de la naturaleza. Cumplidos ya los cuarenta años de su laboriosa existencia penetró en el campo de la literatura dramática, no con la timidez del que solicita un puesto para probar y lucir su dudoso ingenio, sino como el conquistador que dá sus primeros pasos con la confianza de dominar el terreno que pisa. Si fuera lícito comparar estas



empresas del arte con las invasiones históricas, diría que entró Echegaray en los dominios del teatro como Atila impetuoso, como Tamerián furibundo, asolando al paso cuanto encontraba.

Ante las emociones desgarradoras y los conflictos de afectos ardientes y de deberes adustos que Echegaray trajo a la escena, arrojando en ella drama tras drama con fecundidad aterradora, flaquearon y se obscurecieron las formas del teatro imperante en todo el reinado de Doña Isabel; arte tímido y ecléctico, ajustado por una parte a las medidas

Moratinescas y Bretonianas, por otra forjado en una moral encogida y gazmoña. Volvían de improviso las arremetidas caballerescas, la soberanía de la pasión, el ardid violento y la temeraria inquietud de las voluntades demandadas; que atropellan el querer ajeno y corren a su fin, bordeando la ley cristiana hasta caer en el seno de la fatalidad.

En el teatro de Echegaray, el sentimiento trágico atrae a sus abismos la vida pasional representada en escenas de ardoroso interés, y en ese abismo caen todos los asuntos, así los de costumbres pasadas como los de modernas costumbres. Sin duda se ajusta este sistema al carácter castizo de la vida española, desordenada, impulsiva y esencialmente teatral; vida que aún conserva reminiscencias medioevales, dejos y resabios del temperamento islámico, y con todo ello intenta su dificultosa penetración en la cultura

ACTUALIDADES



Dos Baladas

Adaptadas al verso castellano, para «Actualidades»



El Pastor y la Hija del Rey

(DE UHLAND)

Cerca, muy cerca, el pastorcillo estaba
del castillo del rey.
La hija del rey lo vió desde lo alto
de las almenas y prendóse de él.

Un lángido deseo, indefinible,
ardió en su corazón;
y al hermoso pastor la real princesa
dulces palabras dijole de amor.

—¡Oh, si bajar pudiera, pastorcillo,
y estar donde tú estás!
¡Cómo, allá abajo, miro tus corderos
entre flores de púrpura brillar!

El joven respondióle:—¡Oh, si pudieses
bajar cerca mi!
¡Cómo brillan tus brazos de azucena,
tus mejillas de rosa y de jazmín!

Y, todas las mañanas, cuando pasa
ante el castillo real,
detiènese a mirar, hasta que en lo alto
a su amada princesa ve asomar.

Y gozoso dice él:—¡Sed bienvenida,
hermosa hija del rey!
Y ella responde:—¡Gracias pastor mio,
sé bienvenido para mi también!

**

Ha pasado el invierno; la natura
se siente revivir:
es el regreso de la primavera
y en torno brotan florecillas mil.

Va al castillo el pastor; mas la princesa
no vuelve a aparecer.
El, con acento lastimero, exclama:
—¡Sed bienvenida, hermosa hija del rey!

Y la voz de un espíritu gimiente,
una lúgubre voz
que viene de ultratumba, le responde:
—¡Adiós, oh tú, que fuiste mi pastor!

La Coya Volcada

(DE WELHAVEN)

En los oscuros bosques solitarios
La luna melancólica penetra
Y dulcemente su argentada lumbre
En las ondas del río se refleja.

Sobre el viejo castillo, la montaña
Su sombra extiende... Con el alma presa
De hondo dolor, Gilbert, el castellano,
Vela y no puede adormecer su pena.

Yace su esposa en su ataúd tendida:
El piensa en ello, inconsolable, y vela,
Y durante esta noche interminable
Sigue sufriendo su tortura inmensa.

Entre sus manos fatigada inclina,
Como en llamas ardiendo, su cabeza,
Y la inmóvil mirada de sus ojos
Con llanto empaña su aflicción acerba.

Salió solo, una noche, del castillo....
Tras el ramaje oscuro de la selva
La luna le seguía.... Caminaba
En un plácido ambiente de hojas nuevas.

A los rayos de plata de la luna,
Sobre la hierba y las musgosas piedras
El rocío brillaba y parecía
Como un reguero de menudas perlas.

ACTUALIDADES

Entonces vió con pavidez y asombro,
Sobre la extraña y florecida tierra,
El círculo encantado en donde moran
Los elfos de las danzas hechiceras.

Como el río en el valle, arrebatada
Corrió su sangre, y de emoción intensa
Temblando el corazón, detuvo el paso,
De los runos al lado de la piedra ...

¿Quién sale de la fuente? ¿Quién le llama
Allí, donde la dulce Primavera
Dormir parece?—El hada encantadora
Es, que en la fuente del olvido sueña:

El hada encantadora, cuyo seno
Y mejillas que arroban y enajenan,
Tan blancos son como la blanca nieve
Que brilla cuando el día se despierta.

Alza su brazo la bullente copa,
Y, con su voz que hechiza, el hada bella
—«¡Bebe—le dice—y traerá el olvido
A tu dolor una alegría nueva!»....

Un nombre, entonces, resonó en su alma.
¿Iban ¡ay! sus pesares y su pena
A lanzar ese nombre tan querido
De los recuerdos en la sima negra?....

En el bosque sombrío y perfumado,
Inmóvil él permanecía, puesta
La vista en la mujer del rostro hermoso,
Sin voluntad el ánima suspensa....

Cogió la copa y la arrojó en el bosque,
Sin vacilar, del río a la ribera....
Tornó de un salto a su castillo. Había
Su amor probado y su constancia tierna.

..*
**

Desde entonces Gilbert, entre los bravos
Guerreros, un escudo siempre lleva,
Que entre cien se distingue: en él grabara
Una copa volcada, como empresa.

Gilbert, el noble y triste caballero,
Un héroe como hay pocos, el emblema
Llevaba de su escudo a todas partes:
Guardar quería su dolor, su pena....

SARBELIO NAVARRETE.

Diciembre, 1916.



DR. GUSTAVO S. BARÓN

Recientemente nombrado. Ministro Residente
de El Salvador, ante el Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos.



Cosas del Corán



Los cuentos árabes, escritos por europeos, abundan en crímenes pasionales, en escenas de adulterio, en celos feroces. Shakespeare hizo universal en Otelo la figura soberbia del moro ardiente, susceptible, salvaje, desconfiado de la belleza que se rinde a sus plantas y del instinto que se enciende bajo sus ojos. "Celoso como un urate", se oye decir a menudo. En nuestro mundo occidental, soñador y práctico, esta frase posee todavía la fuerza reflexiva del proverbio tradicional, repetido por las generaciones y madurado por la experiencia de los siglos. Después de leer el interesante libro del Emir Arslán, *La Verdad sobre el Harem*, he meditado largo rato sobre este aspecto sugestivo que ofrece el sentimiento ancestral de una raza que ha sido domada en sus instintos por la ley formidable de Mahoma. Leyendo al Emir Arslán, penetrando su pensamiento lleno de observaciones inesperadas y de enseñanzas sutiles, respirando con una mezcla de curiosidad y de emoción el misterio de la familia musulmana, uno acaba por reconocer que el papel reservado a los celos es muy despreciable en el mecanismo de la vida de Oriente. Pero el hecho de que los celos no se manifiesten, no quiere decir que no existan. La sabiduría del Islam consiste precisamente en amortiguar, bajo un torbellino de principios religiosos, ese instinto egoísta que nace de la posesión misma y que es la defensa natural de algo que reputamos sagrado. Los celos están hechos de ferocidad, de temor y de desconfianza. El celoso está siempre alerta, se excede en la vigilancia de un tesoro que cree perder en todos los momentos. De ahí que su inquietud constante tenga raíces en la previsión racional y en la fantasía desbordada. El *Corán* demuestra que Mahoma encontró las leyes necesarias para defenderse de ser lo que en jerga occidental se llama cornudo. "No hagas injuria al Profeta casándote con las mujeres que hayan compartido su lecho" (*Corán* xxxiii. 53). Al citar este picante pasaje, el Emir Arslán nos prueba que el profeta quería conservar más allá de la muerte la fidelidad de sus mujeres. El ilustre orientalista Savary, con sus traducciones del *Corán*, nos transmite en el mismo versículo 53 la idea de que el Profeta veía con agrado que el

velo se convirtiese en una coraza de la castidad. "Si deseáis pedir algo a sus mujeres, dice, hacedlo al través de un velo. Así es como vuestros corazones y los suyos conservarán la pureza". Hay que tener en cuenta que la legislación de Mahoma, no sólo tiene su base en la mentalidad del pueblo árabe, sino en un conocimiento profundo de la naturaleza humana. Los celos del Profeta lo resguardan del ultraje ajeno, son la fortaleza moral de su raza, defienden los intereses de su religión. "Vuestras esposas pueden sólo descubrirse ante sus padres, sus hijos, sus sobrinos, sus mujeres, sus esclavas". (*Corán*, xxxiii 55). Ni para Mahoma, ni para el pueblo árabe, ni para los devotos del Islam, hubiera resultado admisible el conflicto entre la filosofía de la muerte y la disciplina ideológica del adulterio. *Il vaut mieux entre cocu que trépassé*, exclama el personaje de Molière.

Para los musulmanes, este pensamiento lleno de malicia penetrante, de resignación risueña, de reserva socarrona, no tiene sentido. Es que, con su ritual severo, Mahoma no intentó suprimir los celos. Profundo psicólogo, el fundador de la nueva religión quiso hacer simplemente de la mujer una plaza fuerte contra la lujuria y la perversidad del hombre.

La experiencia reflexiva fué en Mahoma la piedra angular de su genio. El autor de *La verdad sobre el Harem* nos relata el curioso episodio de Aicha, una de las mujeres del Profeta, que se hizo sospechosa de adulterio en complicidad con Sanfuán. De ahí nacieron, según el Emir Arslán, los versículos que establecen la costumbre del velo. "Prescribe a tus esposas, a tus hijas y a las mujeres de los creyentes, el dejar caer un velo sobre su rostro que será la señal de su virtud y un freno contra los discursos del público". (*Corán* xxxiii. 59). Mahoma no se equivoca respecto de la estructura moral de su raza. Señala con fórmulas los destinos de un pueblo y legisla sobre los impulsos del corazón. El velo cae como una fatalidad, como una cortina sublime, como una amenaza de lo alto. Y aquello que para el europeo tiene el misterioso encanto de lo desconocido, que enciende su alma con el deseo secreto de aventuras voluptuosas, para el musulmán representa un culto sagrado que no se puede

ACTUALIDADES

violar sin hacer traición a la conciencia y sin envilecer la belleza del espíritu.

Siete siglos después de Epicteto, veíamos entre los árabes el triunfo de la fuerza moral sobre las pasiones, el predominio de la razón sobre la violencia, la victoria del pensamiento sobre la bestialidad humana. Fué necesario educar el sentido religioso de las tribus para transformar su instinto salvaje. Pensador y poeta, Mahoma realizó en la tierra una obra social formidable, mientras prometía para los justos el paraíso de la sensualidad y del amor. Creó una moral práctica a cambio de lascivias futuras. Al revés de otras religiones, el Profeta edificó la sobriedad presente sobre los goces de ultratumba. El poder militar y religioso constituyó la arquitectura de su grandeza. La sabiduría fué el instrumento de su éxito. Su buen sentido surge de pronto y pone una barrera a los sueños. La sentencia grave, la frase majestuosa, el razonamiento seco, son frenos dispuestos contra las quimeras demasiado ardientes, contra las teorías demasiado audaces. Mahoma enseña a que se desconfíe de todo lo que él ha hecho amar. "Vuestras mujeres y vuestros hijos son a menudo vuestros enemigos, dice. Recelad de sus caricias". (*Corán* LXIV. 14). El Profeta no vacila ante las penas más terribles. Cruel y magnánimo, se diría que Mahoma quisiera que la justicia de su castigo se midiese por la grandeza de su perdón. El adulterio parece exasperarlo. El espectáculo de la mujer culpable lo hace estremecer de emoción y de odio. "Si alguna de vuestras mujeres ha cometido un adulterio, exlacma, llamad a cuatro testigos. Y si sus testimonios son unánimes contra ella, encerradla en vuestra casa hasta que la muerte haya puesto fin a sus días". (*Corán* IV. 19). A pesar de todo, Mahoma es tolerante con algunas de las formas más abominables del pecado occidental. No deja de condenar la falta, pero hace descender sobre ella el bálsamo de la piedad divina. Por ejemplo, el Profeta prohíbe desposarse con la madre, con la hija, con la abuela, con la hermana... Pero "si el crimen está ya cometido, agrega, Alá es indulgente y misericordioso". (*Corán* IV. 27). Las ideas morales evolucionan lentamente al calor de las enseñanzas del libro sagrado. Mahoma

traza un nuevo destino. Su pensamiento estimula lo bueno que no existe y corrige lo malo que no puede suprimir.

El libro de Emir Arslán me confirma en la idea de que el *Corán* es una fuerza del espíritu erguida contra la brutalidad de las pasiones. Su energía sutil es el freno de la bestia humana, la valla invisible opuesta al desbordamiento de los instintos. El islamismo ha creado un nuevo orden jurídico, un nuevo estado social, una nueva concepción de la familia. Mahoma trastornó los valores morales de su tiempo y cambió la psicología de los pueblos sometidos a su ley implacable. Como todo reformador, su obra no se mantuvo flotando sobre la superficie de las cosas, sino que arraigó en lo más profundo de las conciencias. Los musulmanes han suprimido el adulterio y la suegra, dos fuentes inagotables de la inspiración occidental. En Oriente no sería posible el *Decamerón*. Las astucias de Bocaccio, los enredos de Molière y los desenfadados de Brantôme, no tendrían allí significado. Nuestra literatura ha visto disciplinar los vicios de la alcoba y hacer de la suegra un monstruo ridículo. "En Europa, escribe el Emir Arslán, hay verdaderas conspiraciones contra el marido, riéndose de su ingenuidad; en Oriente no se aguantan chanzas sobre la fidelidad conyugal. Por otra parte, como las mujeres deben regresar a sus casas a la puesta del sol, todo encuentro nocturno resulta imposible". El islamismo ha hecho el milagro de un arte literario no sospechado. Pero las aventuras galantes con turbas misteriosamente veladas, no pasan de ser simples fantasías. De ahí que Claude Ferrère, en la imposibilidad de pintar las ligerezas de la mujer turca, nos describa sobre el Bósforo los amores fáciles de las europeas. El propio Emir Arslán nos dice con razón que lo prohibido no es prohibido sino porque es tentador. Mahoma no se dió trabajo en cuidar lo que se cuida por sí solo. "He ahí el por qué, agrega, en Oriente no se conocen los escándalos del adulterio ni los crímenes pasionales". Queda, pues, para nuestras civilizaciones admirables la gloria de una Mme. Seteinheil pecadora o de una Tarnowska neurótica... Al menos servirán para distraer al pueblo, deslumbrar a los novelistas y hacer ganar el pan a los jueces....

ADOLFO AGORIO.

Un hombre útil

UN colaborador del *Diario del Salvador*, refiriéndose a la incipiente industria de la seda en esta República, y a los esfuerzos que por su implantamiento ha hecho el coronel don Salvador Ciudad Real, hijo, publica lo siguiente:

«Alumnos del Instituto Normal Central de Varones, en número de cincuentiocho, y al cuidado de uno de sus inspectores, estuvieron ayer—como a las 3 y media de la tarde—en casa del mencionado coronel Ciudad Real, barrio de Concepción, a donde les llevó su deseo de estudiar un establecimiento serícola. Ellos fueron amablemente recibidos.

«El coronel Ciudad Real se prestó gustoso a dar las explicaciones del caso a los jóvenes visitantes, quienes las oyeron con la mayor atención. De lo explicado recordamos lo que sigue:

«En la actualidad hay una colonia que consta, aproximadamente, de 4.000 gusanos de diferentes edades; y nacen, por término medio, 90 gusanos por día. Se ve, pues, que no puede ser más satisfactoria la producción; pero, desgraciadamente, se tropieza aquí con muchas dificultades para criarlos. Una de ellas, y acaso la peor, consiste en la escasez de morera, árbol cuyas hojas son el único alimento de esos invertebrados. Cierzo es que poseemos una plantación de morera en el cerro de San Jacinto, pero esa plantación no rinde todavía el producto apetecido.

«El gusano de seda está siempre muy expuesto a contraer cualquiera de las



cuatro enfermedades que lo diezman. Para evitar éstas se necesita tomar precauciones de toda clase, prodigar los más escrupulosos cuidados, como venimos haciéndolo desde que empezaron a criar gusanos. A falta de un medio científico que permita la segura esterilización de las hojas de morera, —de las cuales provienen las enfermedades,— hemos logrado, por medios sencillos, que son fruto de nuestra observación, que en esta colonia de gusanos sólo haya habido casos muy aislados de *pabrina*, enfermedad epidémica y hereditaria. En

este año ha habido únicamente siete casos de esa enfermedad; y gracias a ciertas medidas de higiene, no se ha propagado esa tan mortífera peste».

La colonia de gusanos está, pues, en floreciente estado que permite esperar una magnífica producción de seda, para dentro de poco tiempo.

Es de sentirse que el coronel Ciudad Real, falto de recursos para la adquisición de la maquinaria, los utensilios y los enseres que son menester, se vea imposibilitado de impulsar su empresa, —una empresa que por fuerza debe contribuir al acrecentamiento de la riqueza nacional, impulsando la creación de industrias altamente productivas. Mas, dado el espíritu progresista que caracteriza al Gobierno del señor don Carlos Meléndez, es de esperarse que tal empresa reciba el eficaz apoyo que merece. ¡Eso será para bien de El Salvador!»





La Emperatriz



MARYLIE Markovitch, distinguida escritora, corresponsal de la "Revue des deux mondes", da a luz en esta acreditada publicación un bello e interesante artículo cuyo asunto es su última visita hecha a la emperatriz de Rusia. De esa valiosa página entresacamos los dos fragmentos siguientes: poética comparación de dos princesas el primero, y cuadro íntimo y conmovedor el segundo.

"Los clamorosos dolores del pueblo belga, han rodeado a su soberana de una radiante claridad: se han anotado sus gestos, regitrado sus palabras, seguido su huella en los caminos del destierro. Arrojada fuera de su reino, ha sido en cierto modo proyectada fuera de sí misma. Desde entonces no se pertenece más. Ha entrado en el símbolo: como Niobe, Hecuba o Antígona personifica ante la Historia uno de los mil aspectos del Dolor.

Por un conmovedor contraste, a medida que la noble figura de la reina de los belgas se afirmaba mayormente, la de la emperatriz de Rusia parecía borrarse y como perderse en una especie de penumbra misteriosa. Es que cada una de las dos soberanas, con tacto admirablemente femenino, supo adaptarse al papel que las circunstancias le dictaban. En tanto que el de Elisabeth de Bélgica comportaba actividad, expansión y cualidades casi viriles, el de Alexandra Feodorovna de Rusia exigía repliegue sobre sí misma, silencio y casi recogimiento.

En tanto que Elisabeth acompañaba, dirigía y organizaba el éxodo de su pueblo, Alexandra, encerrada en el corazón de su imperio, no tenía otro deber sino agrupar al suyo en torno de ella, preservarlo, reanimar sin tregua su confianza, curar sus heridas y afirmar su esperanza.

Así lo hizo.

En el fondo de las naves ortodoxas, se ven erguirse las santuosas barreras de esmalte y oro: sobre los portantes aparecen pintados los rostros de los santos o de los apóstoles; en el centro han sido practicadas puertas tan bellas que a los ojos de los fieles prosternados parecen las puertas de oro del paraíso. Es el iconostasis. Todos los días las puertas se abren para la celebración del oficio divino: se admite que la muchedumbre contemple la pompa de las ceremonias, el altar, los diáconos, el oficiante. Pero llega la hora

de la consagración, las puertas vuelven a cerrarse; el santo sacrificio termina a resguardo de todas las miradas.

Nada paréceme simbolizar mejor el papel místico adoptado por la emperatriz. Después de las pompas exteriores a las que había sido convidada Europa entera, he aquí que las puertas del iconostasis se han cerrado: detrás de ellas es donde Alexandra Feodorovna se comunica con su pueblo, bajo el velo blanco de las hermanas de caridad. ¿Se puede soñar una más perfecta, una más conmovedora adaptación al alma y a las tradiciones de la santa Rusia?

El hospital en que la emperatriz trabaja con sus dos hijas mayores, las grandes duquesas Olga y Tatiana, está situado en el parque imperial. Es un pequeño edificio, muy sencillo, dispuesto para 37 oficiales. Otro, más grande, se halla próximo. Está destinado a soldados y contiene 250 camas. Uno y otro están bajo la dirección quirúrgica de la princesa Guédroit.

Cuando me presenté por la primera vez, su majestad había abandonado ya el pequeño hospital. La señora del general Tchebotarieff tuvo a bien autorizar mi visita y se ofreció a conducirme. Heme, pues vistiendo el "hallat", la blusa, de tela blanca, para entrar en las salas y recorrer las galerías. En el vestíbulo del piso bajo, cuyas ventanas dan al parque, advierto una labor de tricota a medio hacer, abandonada sobre un sillón de mimbre. Es el sitio de una de las grandes duquesas. Día tras día, después de prestar cuidado a los enfermos, las jóvenes altezas gustan sentarse ahí y tejer para los soldados, cerca del pequeño salón donde la emperatriz descansa.

En ese mismo saloncito es donde, desde el comienzo de la guerra, sus majestades han seguido durante tres meses las lecciones de la princesa Guédroit. Así es como se hicieron muy hábiles enfermeras. Todas las mañanas, al llegar del palacio, vistense la blanca blusa y acuden a la sala de los enfermos donde las espera la princesa. Luego atienden los heridos. Sus majestades los cuidan con la más tierna solicitud. Si ha de realizarse una operación, sea la hora que sea, la emperatriz quiere ser advertida. Ayudada por las grandes duquesas, asiste la emi-

ACTUALIDADES

nente cirujana a la que ha confiado la dirección de ambos hospitales. Ningún detalle le es indiferente: ella misma ocúpase de los más humildes o se asegura de que han sido cumplidos.

Una vez terminadas las operaciones y cuidados, sus majestades visitan a los heridos, siéntanse a sus cabeceras y con-

versan amistosamente con ellos. Nadie se siente molesto en presencia de ellas. La emperatriz es la modestia y la benevolencia en persona, y nada valoriza. Los soldados no lo ignoran. Todas las mañanas ocho de ellos son traídos del hospital vecino, a fin de que en el mayor número puedan recibir de vez en vez los cuidados de su majestad".



PROFESOR DON JOAQUÍN RODEZNO

LA prensa de esta capital dio cuenta en su oportunidad, de haber sido honrado en estos últimos días, con una medalla de oro, el distinguido pedagogo salvadoreño señor don Joaquín Rodezno, en reconocimiento a su labor constante y abnegada en el campo de la enseñanza; y en aquella inolvidable manifestación de gratitud, tomaron parte principal, el profesorado y las alumnas del Colegio Técnico-Práctico de Señoritas. «ACTUALIDADES» publica hoy el retrato del modesto pedagogo como un cariñoso homenaje al verdadero mérito.

El señor Rodezno nació en la ciudad de San Francisco, cabecera del departamento de Morazán.

Hizo sus estudios de Profesor Normal en el colegio que acertadamente dirigió

en esta capital el inolvidable educacionista doctor don Rafael Reyes.

El señor Rodezno coronó su carrera de Profesor Normal con buen éxito y ha servido en ella desde el año de 1883 hasta la fecha.

Su actuación pedagógica ha sido benéfica; así lo afirman los informes que las juntas examinadoras han dado de sus labores docentes. Sirvió la Escuela «Pestalozzi» diez y ocho años consecutivos, de cuyo centro han salido jóvenes que hoy ocupan lugar distinguido en la cátedra y en el foro.

Su trayectoria, pues, en el camino de la enseñanza, ha sido fecunda y de trascendencia para la nación.

ACTUALIDADES

Urrutia F.

EN EL ATENEO

Discurso de recepción leído en la sesión ordinaria celebrada a las 8 p. m., del
4 de diciembre de 1916.

SEÑOR PRESIDENTE DEL ATENEO:

DISTINGUIDOS SOCIOS:

EN todos los semblantes aquí presentes veo reflejarse impresiones caldeadas en ignición de generosos optimismos. Las auras de fraternidad que acarician nuestras frentes saturando este ambiente propicio a saludables enseñanzas, son a modo de oxígeno para la vida superior del espíritu exento de prejuicios, que por serlo, carecerían de lógica, abundando en cambio en sutilezas estériles, más propias de temperamentos artilugios que de cerebros equilibrados y adamantinos que persiguen el imperio de la Verdad y la Belleza.

Convencido de que sin fraternidad infrangible no se puede adelantar en ninguna labor de perfeccionamiento colectivo, hallo hoy la oportunidad de impulsar la vocación que se reveló en mi temperamento desde que tuve razonamiento y comencé a exteriorizar los anhelos de mi corazón y los ensueños de mi mente; y llego aquí a esta prestigiosa altura rebozando de noble orgullo y legítimo entusiasmo a colaborar con fe en un ideal de suprema civilidad, en la medida de mis pocas aptitudes experimentadas, con los elementos significados de esta falange semecrática, para la que auguro una marcha gloriosa y el galardón del triunfo, por los bellos objetivos que desarrolla sin desalentarse, a pesar del zarzagán que en nuestro ambiente social hiela los más legítimos anhelos de perfeccionamiento individual.

Héme aquí, pues, profanando con el eco de mi desautorizada palabra este cenáculo que evoca las sombras virtuosas de los grandes consagrados y en donde repercute la fama que de lejos llega en loor de altísimos miembros del Ateneo, como Gavidia, Barberena, Rodríguez González, Reyes Guerra y demás honorarios llamados a ser los optimates del alma nacional pensante, cuando en el decurso del tiempo las nuevas generaciones literarias quieran orientarse por rutas de cultura y engrandecimiento.

Decidí deferir a honrosas y reiteradas excitativas de algunas unidades de esta simpática Asociación, porque ellas han

seguido con marcada deferencia mi labor periodística de doce años a esta parte; y he aquí que cumpliendo con un deber elemental de consecuencia, me acoja al pensamiento benévolo demostrado en el acto de mi admisión, y protesto servir con lealtad y perseverancia los fines que persigue este núcleo de espíritus selectos, inspirados en la imagen de la Patria engrandecida cualitativamente. Dije reiteradas excitativas, sin dar a entender con ello que se me ha calificado como elemento indispensable a la institución, sino simplemente para significar que no soy un advenedizo en los círculos que procuran intensificar la obra reformadora de la prensa, calificada e informada en principios que, traducidos en hechos, aquilatan el saber y afirman el concepto de la Patria. Porque—y lo repito sin equívocos—mi labor divulgada en pro de este amado terruño de mis abuelos y motivo de ensoñaciones optimistas, no ha pasado de ser un ensayo de generosa propaganda; reconociéndose, sin embargo, por propios y extraños, en todo lo que llevo publicado, la contextura ética en que se diferencia la acción que propende a la cultura general de la que solamente especula con miras egotistas y burguesas. Así, mi Ideal puede no ser el de la generalidad, pero a él estoy afiliado desde que pude distinguir el concepto de país de la entidad Patria, la que yo he aprendido a sentir con mis mayores que la proyectaron en la conciencia popular de hoy por medio de su sabiduría y de su herencia positiva, y con los esforzados que desinteresadamente han venido desvelándose desde en 1839, por restaurar la Nacionalidad quinaria constituida en 1824, o por lo menos, el espíritu de unión moral e intelectual entre la familia de las partículas disgregadas por la política tartufa, sin perder por esto de vista la necesidad primordial de caracterizar la fisonomía auctóctona de cada parcela de la Nacionalidad histórica, entre las cuales siempre se ha señalado El Salvador por su vitalidad, su certera visión del porvenir y su denodado valor, cuando lo excitant altos deberes innatos ó humanitarios sentimientos, y es por esto que a su suelo afluyen migraciones cosmo-

ACTUALIDADES

politicas que confunden sus rasgos étnicos y sus costumbres con el vivir llano y laborioso de este pueblo dúctil a las manipulaciones del progreso y celoso de su soberanía.

Todas las unidades de una sociedad pensante, y principalmente las que se apartan aparentemente del conglomerado rutinario, para constituir núcleos impulsores de una nueva forma de cultura pública, tienen no sólo el derecho sino también el deber de definir sus ideales y de transparentar las fuerzas vivas con que van a emprender la cruzada contra las mediocracías. De ahí que al aceptar el honor de estar entre vosotros, asuma también la responsabilidad de mis ideas propias o asimiladas, porque la unión no significa fusión en el orden moral, sino fuerza innatamente opuesta a la disolución y la anarquía, que son fatales al ideal de los mejores. Mis tendencias han sido siempre combativas y definidas y mis sentimientos refractarios al localismo, cualquiera que sea el disfraz o la forma con que atente a la solidaridad de la Raza; esto es, como hijo de la patria utópica que dicen los pesimistas, persigo una finalidad, que es la adquisición de una ciudadanía más elevada y significativa que la consagrada por un código político casuístico y contingente; persigo la adquisición del buen sentido en contraposición al sentido común aplicado a nuestra palingenesia social. Sintetizando diría que acaso por intuición voy evolucionando hacia el «idealismo experimental,» tan magistralmente tratado por José Ingenieros, porque hallo en sus elementos constitutivos un valladar opuesto a las solitaciones de las partidas amorfas.

Mucho habrá de influir sin duda, en la eficiencia del Ateneo el hecho de que todos los que fuera de él padezcan de hipofasia moral se curen de tan impertinente dolencia antes de atafagarse completamente, y depongan en aras del buen parecer los egoísmos que vuelven a los hombres ápteros, inclinándolos al renunciamento; los apasionamientos que ofuscan, denigrando los sistemas por las deficiencias de los individuos; las pequeñeces que deprimen, cebándose lo innoble en lo que debería respetarse y estimularse; y laboremos todos en un ambiente despejado de personalismos y prejuicios, en un medio desorbitado de rivalidades ruines, concurriendo en cambio a una convivencia digna y moralizadora, para exaltar las capacidades activas y las redivivas que abrillantan el Escudo de El Salvador, sin fijarse en las penumbras que proyecten, y sumando a tal postulado de pura ética individual, el estuerzo compatible con el medio fatal en que cada energía se dilata, para que esta agrupación que tanto honra a sus fundadores y enaltecerá a sus mantenedores, resplan-

dezca sin intermitencias en el todo de la sociedad y fije su heráldica fisonomía en las generaciones intelectuales cuya aurora empieza a despuntar.

Después de lo dicho, por huraño que quisiera mostrarme con las autoridades de este arcótipo de significados elementos mentales, y por grande que sea mi temor de defraudar las esperanzas de los optimistas que han querido elevarme a estas cimas donde no es extraño que flaqueen mis exiguas fuerzas, el natural ascendente de las capacidades robustas y simpáticas sobre los espíritus ápteros pero inquietos, influirá para que mis entusiasmos se inflamen y mi voluntad se transforme en energía dinamológica, exponiéndome a ser el blanco de osifragos a lo Balbuena, que intenten con su gárrulo decir detener la evolución de los aspirantes al ramo de mirto, cuando desde el Monte Sagrado en que se inspiró Heleno, tienden la mirada hacia la divina Heliópolis, do moran glorificados y asistidos de Clio, Euterpe, Caliope y demás Tespiades inmortales, los magos del verbo castellano y los visionarios del Ideal, como Rubén Darío y los que le precedieron en la virtuosidad de crear nuevos mundos de belleza. Por eso fraternizo con los espíritus entrevistados a través de las varias escuelas filosóficas cuyos matices son perceptibles en la refracción de los portaluces que levantan la mirada al Infinito, escrutando arcanos maravillosos invisibles a los obliterados del alma, y que descorren la inmensa cortina del Universo para mostrar a los elegidos la meta de la perfección superhumana.

Voy a terminar.

Entiendo que no es un fin esta asociación de caracteres que, si disímiles en su educación y temperamento, se hallan a fines en la prosecución de un mismo ideal tan acremente combatido, ni traigo a este brillante núcleo el prejuicio de que una institución docta que prohió uno de los gobernates más completos que ocupó el solio presidencial, aquel Presidente mártir, de alta inteligencia y férrea voluntad, de grata memoria para el grupo semecrático a que pertenecía por sus relevantes dotes el malogrado Dr. Araujo, sea apenas una alegoría más en el monumento de nuestra cultura, sin lineamentos que perfilen la verdadera etopeya del actual movimiento intelectual salvadoreño. Pienso, al contrario, que al agruparse y compenetrarse de idénticas aspiraciones literarias este haz de actividades antinumularias, se propende a la formación de una nueva patria superior a la trazada por fronteras geográficas, por el desarrollo de nuestra etiología social, de una patria capaz de aprovechar los beneficios de una franca evolución hacia los ideales experimentales de los superhombres que desde las cumbres del

ACTUALIDADES

siglo pasado preconizaron las luchas del presente en pro de la dignificación del saber y del ser. Creo que se labora por erigir al márgen de nuestra historia vivida el monumento étnico de la Raza, el más encubrado y útil que pueda legarse a la civilización futura, para que sirva de faro a los que se aventuren en el inexplorado mar de las letras, henchidos de fe y ajenos a la disafia del clima plebocrático que reina aún en nuestras democracias nominales.

No quiero poner punto final a esta exposición reglamentaria sin antes protestar en este acto único mi rendida gratitud a los distinguidos titulares Salvador Turcios R., Juan Gomar, Saturnino Cortés Durán, Rafael García Escobar y Pedro Flores, que espontáneamente tomaron la iniciativa de atraerme a este culto gremio de ciudadanos idóneos y de buena voluntad, digno de prosperar al influjo de la fraternidad intelectual que fortalece los vínculos morales y sociales cuando como ahora el presente y el porvenir de los salvadoreños están confiados a cabezas equilibradas y manos puras en lo político: a pastores ecuanímenes e ilustrados en lo intelectual y a escritores que por diversos caminos propenden a un fin común de solidaridad nacional, de alcances prác-

uticos y necesarios en los actuales momentos expectantes, en que se cierne por sobre nuestros mirajes locales un genio demoleedor de gastadas fórmulas de convivencia social y patrocinador de otras nuevas que, si por todas partes están causando trascendentales perturbaciones en la masa amorfa aferrada a la rutina, ciega a las luces de la experiencia, dan en cambio colosal jalón hacia la cultura intensiva en que se afirma el evangelio del ilustre Canning, el célebre estadista que fué el primero en reconocer la justicia y la independencia de la más próspera de las colonias inglesas en América, y por consiguiente el avance resuelto de todos los pueblos aptos ya para la vida libre del pensamiento y la acción. Y resumiendo la nueva doctrina experimental del ilustre representativo argentino que cité en otro lugar, no he encontrado mejor sistesis de mis propios anhelos que la que se contiene en este luminoso y elevado pensamiento del grandilocuente psicólogo: «Cuando pones la provisiónaria hacia una estrella y tiendes el ala hacia la excelsitud inasible, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en ti el resorte misterioso de un Ideal.»

CARLOS URRUTIA F.



D. FLORENTÍN SOUZA,

Actual Director General de Correos de El Salvador, quien ha logrado implantar la mayor disciplina y moralidad en el servicio.

ACTUALIDADES



Rubén Darío en la intimidad



EN la admirable revista CARAS Y CARETAS de Buenos Aires, encontramos los siguientes versos íntimos, probablemente inéditos, de Rubén Darío y otros del niño Rubén Darío Sánchez. La página respectiva viene ilustrada con el retrato del poeta, el de su hijo, de diez años de edad, y el de doña Francisca Sánchez.

Para mi hijito
Rubén
Darío Sánchez

Puesto que tú me dices que eres mi hijo, ¡hijo mío!
y tienes fe en mis lirios y confianza en mis rosas,
voy a confiarte ideas, voy a decirte cosas
y amarás grandemente a tu Rubén Darío.

Tú comprendes mis versos e interpretas mis prosas,
y las aguas que corren en mi profundo río,
y, así, cuando te hable de las musas hermosas,
séme profundamente y eternamente mío.

Algo de la ilusión, algo del pensamiento,
algo del corazón, algo del sentimiento
—que son, de las cosas que siento,

lo que he visto en la tierra, lo que oí en el mar,
lo que puedo ofrecer, lo que brinde mi aliento
y lo que en mi palabra te pueda yo ofrendar.

Paris, 1913.

RUBÉN DARÍO.

*A mi querido
padre*

Querer quisiera, papito amado,
seguir tu escuela, cantar en verso;
pero mi número es tan pequeño,
que a correr mucho cansado está.

Mi fe en tu obra en cambio es grande,
—yo ya en la cuna lo oí decir,—
más nuestras almas si se reflejan
por algo grande lo harán así.

Cuanto de bueno tengo yo tuyo,
cuanta lección me quisistes dar:
cuidos del alma, del sentimiento,

del pensamiento, de lo ideal,
todo lo guardo y lo conservo,
como reliquias, en un altar.

RUBÉN DARÍO SÁNCHEZ

Barcelona, 1915.

La Vida



A Vicente Acosta

De mi existencia en los primeros años,
Cuando brillaba en su orto, dentro el alma
El pensamiento, soñador y virgen,
Creí que era la vida un ave blanca.

Después... cuando mi mente era un alcázar
De dulces sueños y esperanzas dulces,
Y era fuego la sangre de mis venas,
Un ave la creí, de alas azules.

Cuando me hirió con aceradas garras
El desengaño por la vez primera,
Llore, y ante mis ojos fué pasando
La vida, como un ave de alas negras.

Hoy que tan sólo a Dios mi frase eleva,
Hoy que el dolor purificó mi alma,
No es ave azul; tampoco es ave negra,
De nuevo es ave blanca: es la plegaria.

ORMULO E. DURON.

Hermano que conoces el profundo misterio
de la muerte que es fin y es principio de vida.
¿Has oído de un sauce del triste cementerio
una voz que repite tu verso en la florida

claridad de una noche de intenso plenilunio?
¿O acaso en esas horas en que 'el alto cielo
—recordando tu paso de supremo infortunio—
la sombra de un encaje de raro terciopelo?

Quizá no escuches nada, porque sufriste tanto,
porque tus ojos fueron de penas y de llanto,
porque te hirieron todos los seres y las cosas.

El corazón me dice que aun sientes amarguras,
y que sólo suspiras porque estás en Honduras
donde el alma te cubre de claveles y rosas,

ADAN CANALES.



Pasaportes



MERCEO a mi habitual ocupación, desde hace algún tiempo, he tenido oportunidad de observar la falta que hace una ley que dicte reglas claras y terminantes con respecto a la concesión de pasaportes.

Frecuentemente ocurren casos en que personas originarias de otro país vienen al territorio salvadoreño, permanecen aquí seis u ocho días, y por una u otra causa resuelven irse a otro país y se presentan al Ministerio de Relaciones Exteriores en solicitud de un pasaporte, el cual les es extendido sin pérdida de tiempo, mediante el entero de un timbre de \$ 1.00 con que está gravado por la Ley de Papel Sellado y Timbres (No. 58 Art. 13 Sección Segunda.)

Otras personas extranjeras después de varios meses y aún años de permanencia en El Salvador, resuelven ausentarse, y ocurren también a la misma oficina en donde se les extiende el pasaporte sin más trámite que el de solicitarlo verbalmente y pagar los derechos apuntados.

Salvadoreños hay, y en gran abundancia, que disponen de recursos para ir a dar una vueltecita por el viejo continente o a cualquier otro punto del mundo civilizado, y pasan al Ministerio por el consiguiente pasaporte.

Para unos y otros la fórmula del pasaporte y los requisitos indispensables para obtenerlo son los mismos, no hay diferencia alguna.

A la simple vista parece que esto nada tiene de particular; pero si nos detenemos a estudiar el caso, le encontraremos una multitud de inconvenientes más o menos graves que casi pueden redundar en un peligro serio para el Estado que otorga el pasaporte a un extranjero.

Veamos uno de tantos: con motivo de la actual contienda europea varios extranjeros, ya de uno o de otro bando, han tratado y tratan de evadirse del compromiso en que se hallan de ir a las filas del ejército de su respectivo país; unos por falta de suficiente valor para enfrentarse a las balas del enemigo, otros porque temen perder en sus intereses económicos al abandonar sus negocios, y aún hay quienes desearan ir, pero sus familias los detienen por el natural temor de no volverlos a ver.

Pues bien: entre los primeros y los segundos hay quienes, en su afán de eva-

dirse de tan serio compromiso, tratan de renunciar temporalmente su nacionalidad y acogerse a cualquiera otra con tal que sea de un país neutral, para alegar que ellos son naturalizados en El Salvador (pongo por caso) y que no tienen obligación de ir a la guerra.

¿Que cómo adquieren la nacionalidad salvadoreña?

Sencillamente, ocurren a algún consulado ad honorem de esos que están servidos por comerciantes extranjeros sin conocimientos, y sin escrúpulos; alegan ante él que han estado en el país, que aquí han adquirido la nacionalidad, y para comprobar su dicho presentan al Cónsul lego un pasaporte sucio, mugriento con dobleces viejísimo extendido por uno de tantos Ministros de Relaciones Exteriores; en el referido papel se ve claramente el sello del Ministerio y los timbres fiscales amortizados.

Este papel en manos de aquel funcionario consular ignorante de nuestra ley y por añadidura comerciante, es una prueba suficiente. El interesado obtiene la inscripción como ciudadano naturalizado en El Salvador y recoge certificación de la inscripción con la cual logra su intento, es decir: *comprar la nacionalidad salvadoreña con el único objeto de no ir a la guerra.*

Si el caso no ha sucedido con El Salvador, ¿no es fácil que suceda? y ¿debemos consentir nosotros en que se trafique con nuestra nacionalidad?, ¿hemos de permitir ese comercio altamente inmoral y peligroso?

Es preciso dictar una ley que prevea esos casos.

Otro punto.

Un extranjero ha estado seis días en el país y llega al Ministerio en busca de un pasaporte porque se va a ausentar de El Salvador, al mismo tiempo llega un salvadoreño que va en vía de paseo a Europa o a Estados Unidos. A los dos se les extiende pasaporte, documento que va consignado en los mismos términos a diferencia del nombre y del lugar a donde se dirigen.

¿Será esto correcto?

Me parece que no. El extranjero (que por su condición de tal, nada tiene que importarnos su suerte en país extraño), está aquí, equiparado con el hijo del país, con

ACTUALIDADES

nuestro propio hermano, que va hacia otros lugares, en donde no se sabe la suerte que le pueda caber.

Para el salvadoreño el pasaporte debe estar consignado en términos tales que pueda fácilmente comprobar su verdadero origen, es decir, que le sirva como una especie de *carta de nacionalidad*, a efecto de que cualquier funcionario consular salvadoreño lo acoja sin la menor duda, le inscriba en los Libros de su oficina y le dispense toda protección moral.

Para el extranjero, debe estar consignado en términos tales que más parezca una simple licencia para salir del país y no un pasaporte. Aún creo que sería mejor no otorgarle esa licencia, toda vez que en el país no se prohíbe el libre tránsito, salvo en casos de guerra y eso mediante el decreto de Estado de Sitio.

Además, así como nuestros cónsules en el extranjero están obligados a velar por los salvadoreños y sus intereses, a procurarles toda clase de garantías y a extenderles pasaportes para que puedan transitar libremente; así, aquí, los cónsules extranjeros están obligados a proteger a sus compatriotas, a procurarles toda clase de garantías y a extenderles pasaportes para ausentarse del país.

En resumen; creo que sólo a los salvadoreños y a los extranjeros nacionalizados y radicados definitivamente en El Salvador se les debe extender pasaporte en el Ministerio de Relaciones Exteriores, previos ciertos requisitos indispensables que deben consignarse en una ley especial.

En otros países la expedición de pasaportes se considera un acto muy delicado que requiere muchos trámites para obtenerlos. En Estados Unidos, por ejemplo, en donde a los ciudadanos de aquel país se les extiende pasaporte que hace las veces de *credencial de ciudadanía*, se les exige antes de otorgarles ese documento, los requisitos siguientes: una solicitud escrita y dirigida al Secretario de Estado, en forma de declaración jurada y precisamente por la misma persona interesada, pues no es competente el que otra lo haga en su nombre. La declaración jurada debe ir testimoniada por algún funcionario autorizado para tomar juramentos. El solicitante debe manifestar la fecha y lugar de su nacimiento, su ocupación, el lugar de su residencia permanente, y el tiempo dentro del cual es su intención regresar a los Estados Unidos con objeto de residir y desempeñar allí sus deberes de ciudadano. También se le exige juramento de fidelidad al Gobierno de los Estados Unidos y a la solicitud se debe acompañar la descripción física de la persona interesada y un certificado de un testigo de confianza, por lo menos,

en que manifieste que conoce al solicitante y que esta es la persona que alega ser, y que los hechos establecidos en la declaración jurada son ciertos, según su leal saber y entender.

Y es tal el rigor de la ley sobre esta materia, que los funcionarios consulares de los Estados Unidos de América en el extranjero, no pueden expedir pasaportes, salvo casos de emergencia. El ciudadano americano que, hallándose en el extranjero desea un pasaporte, tendrá que solicitarlo del Secretario de Estado de Washington por medio del Agente Diplomático o del funcionario consular respectivo. Y según la ley de 18 de agosto de 1856 la expedición de un pasaporte por un Cónsul de Estados Unidos a favor de un ciudadano de aquel país constituye un delito punible. ¿Que tal?

Ya vemos, pues, que si en un país que va a la vanguardia de la civilización se exigen tantos trámites y requisitos para otorgar un pasaporte, (solamente a los naturales y naturalizados, nunca a los extranjeros,) ¿por qué en nuestros países no se hace lo mismo?

Al extranjero, que seguramente tendrá en su poder papeles de identidad extendidos por las autoridades de su respectivo país cuando salió de él o por el funcionario consular correspondiente acreditado en El Salvador, se le debe negar el pasaporte, toda vez que no lo necesita, ni se le impide su salida del territorio salvadoreño. ¿Qué necesidad tiene de pasaporte un turco o un chino para salir del país? ¿Un europeo y hasta un hispanoamericano que, como a los chinos y turcos en puridad, nada les importa nuestro país, podrán tener necesidad de pasaporte para salir de él? Que se vayan en buena hora, sin extenderseles pasaportes, máxime si sólo fueron una carga para la asistencia pública en nuestro territorio.

Con esto se evita el peligro que antes he apuntado y quedará establecido que sólo los salvadoreños lleven consigo un documento irrecusable, que pueda llamarse *pasaporte* y con el cual puede comprobar fácilmente su nacionalidad en cualquier parte.

A los chinos y turcos radicados en el país, por una especial consideración se les podría extender una certificación en que conste esa circunstancia para que a su regreso puedan obtener permiso de entrar al país.

Ojalá que la próxima Legislatura se fije en estas indicaciones y dicte una ley que regle conveniente y debidamente la expedición de pasaportes.

A. RAMIREZ PEÑA

San Salvador, Diciembre de 1916.



*En la Catedral
de León*



EN tanto que Monseñor Pereyra y Castellón, Arzobispo—quien muy generosamente se prestara a ello—me mostraba todo lo más interesante y valioso de la santa Basílica, yo pensaba:

—Hombres que ya no podéis con el ideal a cuestas, venid y ved lo que pudo la fé! Vosotros que os conformáis con vuestra ración de desencanto; vosotros que no intentáis ponerlos a la altura de la Naturaleza y os quedáis aplastados por ella, venid y ved lo que la energía pudo!..

La Catedral de León! Heme aquí en este templo del cual, allá cuando niño, la abuelita me contaba que para los cimientos y las paredes emplearon los albañiles, huevos y leche en vez de agua, para la formación de la argamasa. Así es como pudieron levantar nuestros antepasados esta Basílica que eleva hacia Dios sus sólidas torres llenas de campanas que hacen un himno sonoro al amanecer, y que al crepúsculo le rezan una lánguida oración.

Monseñor explica: Este es el tercer templo edificado aquí en este mismo sitio: hubo uno primero, más como se le considerase pequeño para el gran culto divino, fué derribado; y otro empezó a ser construido luego; pero ya casi al terminarlo los creyentes aún lo consideraron poco grande, y las paredes cayeron, para alzar definitivamente estas otras. En esta inmensa construcción, un siglo se gastó. Cinco o seis generaciones amamantadas con la leche de la madre colonial, trajeron la cal y la piedra, y esta santa Catedral quedó terminada el año de gracia de 1770. Terminada? Aun no, después la energía del Obispo García Xerez, el mismo que hizo tender el puente de Guadalupe, sobre el río entonces caudaloso, logró así mismo que, merced a su tesón y empeño, se irguieran estas torres empuñadas, austeras, ennegrecidas ya por los inviernos seculares. Eso hacían los hombres de antaño, que tenían fé.

—Ahora es que comprendo, Monseñor, la frase de Nuestro Señor: ¡Es verdad, es verdad que la fé transporta las montañas!

Porque, qué otra cosa es este templo sino algo así como una montaña traída poco a poco? Observad las paredes de más de una brazada de espesor, y este bosque asombroso de columnas que forman las cinco naves, siendo cada colum-

na tan ancha que son necesarios seis hombres cogidos de las manos para dar medida de su diámetro. Así era menester que fuesen para sostener ese techo de cúpulas, tan resistente y fuerte que en casi todas las guerras en que este pueblo ha intervenido, ha sido transformada en fortaleza, subiendo allá arriba los cañones....

Es verdad, es verdad que la fé transporta las montañas.... Solo que ahora las montañas sobran y la fé es la que nos falta. Fé, aunque sea para ascender por ellas, para hacer flamear en la cima esta bandera que hemos heredado y que no sabemos qué hacer con ella.... Hombres de poca fé, si la tuviésemos siquiera del tamaño de un grano de mostaza, si la tuviésemos, no habría naufragado la barca sagrada. No habría naufragado!

*

Pero aún no es esto todo: bajo la Catedral visible, existe otra igual, con el mismo número de naves. Aquí estamos sobre el techo de la catedral subterránea donde admirar puede quien descienda, una admirable arquería.... Ahora es una suerte de catacumbas: enterrados están allí los cuerpos efímeros de los venerados pastores que vistieron el morado arzobispal de este rincón católico....

Y así llegamos ante la tumba del magno Maestro, del milagroso pájaro humano en cuya lengua la de Cervantes se tornó toda en infinita música. Aquí yace, bajo rosas constantes que a diario renuevan devotas manos femeniles, el primer homérica hecho de tierra americana y tocado de cielo, puesto que bajo su frente una estrella instalaron las manos que ordenan el destino de las constelaciones... Aquí yace el dulce príncipe silencioso como Hamlet ¡oh, Dios! aquella llama divina que en las lámparas inmortales de la vida se llamó Rubén Darío!— Padre nuestro, que estas en los cielos!....

Aquí yace, bajo la estatua de San Pablo! Bien están así los dos—el profeta y el poeta—hasta cuyos ojos llegó el relampaguear imponderable de las revelaciones.... Santificado sea tu nombre! Santificado sea por los versos eternos que bajo el sol puedan cantarse.

Seis días tardaron en cavar su sepulcro: es tan dura la argamasa, que las barras de acero embotaban sus filos.

ACTUALIDADES

Aquí yace el Poeta! Más he aquí que os equivocáis vosotros que pensáis que duerme bajo la tierra. Nadie como él que en todo fué extraordinario. Su tumba, que a primera vista parece abierta en el suelo de la Catedral de León, está realmente en un arco de los que forman la catedral subterránea; sobre él es que la Inmortalidad permite que Darío se transforme en incierta ceniza, en el horno sin fuego del sepulcro.

La Francia llevó el cadáver de Hugo a velarse bajo el arco del Triunfo. Nicaragua, mejor dicho, León, sepultó a Rubén Darío en lo alto de un arco de granito, como para impedir que bajara al fondo de la tierra el que pasara sobre ella como un lírico semidiós, y para que aguarde allí el instante en que ha de despertar, cuando resuene la trompeta del Juicio Final.

JUAN RAMÓN AVILES

Santiago Ignacio Barberena

EMINENTE científico que empezó a florecer en el último cuarto del siglo pasado, tuvo la rara suerte de abandonar su envoltura biológica, consciente de la inmortalidad de su genio matemático, investigador y fecundo, y del vasca que la posteridad intelectual haría a su egregia memoria. Su mismo nombre simbolizó en los mejores lustros de su vida, consagrados al estudio y a la enseñanza, la ciencia que ha dado lustre a Centro-América, colocando a su nombre en el estrado donde sólo el mérito tiene asiento la sabiduría y el mérito.

El duelo por el desaparecimiento del ilustre centroamericano ha sido universal como el dominio de los conocimientos que le dieron nombradía, y el vacío que dejó el maestro insigne quedará sin llenar, quien sabe por cuanto tiempo, tales eran sus insólitos prestigios intelectuales y su bien merecida reputación de sabio. Pasada la natural consternación producida por el tránsito de un grande espíritu hacia lo desconocido, el pensamiento atraído por el misterio de lo maravilloso, imagina mirar más allá del cielo de Flammarión la apoteosis del Inmortal en el alcázar de la eterna luz y de la verdad eterna!

Santiago Ignacio Barberena vió la primera luz en la República de Guatemala en el año de 1851 y pagó su tributo a la madre tierra el memorable 26 de noviembre de 1916, en San Salvador, principal teatro de su imponderable actuación científica y profesional.

Descanse en paz el sabio maestro!





Argentina



DESPÚES de treinta años de lucha cívica, ha triunfado en las recientes elecciones presidenciales de la República Argentina el Partido Radical. Este triunfo, según declara en el diario *La Epoca*, de Buenos Aires, el periodista Claudio R. Pozuelo, significa la «coronación de una obra institucional que colectivamente y en la personificación del nuevo gobernante, envuelve la victoria de la democracia sobre un régimen de opresión».

El mismo escritor, refiriéndose al candidato triunfante Dr. don Hipólito Irigoyen, dice:

«Los sangrientos sucesos de 1880 fueron la última palada de tierra echada sobre el sufragio libre.

Entonces desapareció de la escena un joven que había actuado con brillo en la vida pública y que debatió, a los 22 años de edad, en la legislatura de Buenos Aires, con los primeros estadistas de la época.

Cuando concluía sus estudios de derecho en la facultad de la capital, fue llevado por sus conciudadanos a la cámara de diputados y allí desarrolló una acción eficaz en pro de las libertades públicas, imponiéndose por su energía, inteligencia y rectitud de principios. Especialmente se distinguió en los debates financieros que sostuvo con el ministro de hacienda, doctor Balbin, maestro en la materia.

Pero en seguida vino la noche triste que envolvió en su manto a las instituciones. Muchos caracteres se quebraron entregándose al éxito, y los más honestos se recogieron a su hogar.

El ambiente era más de sometimiento a la benevolencia preponderante que a los razonamientos cívicos.

El Dr. Hipólito Irigoyen, que es el joven a que me he referido, lo entendió

*El nuevo Presidente
de la República.
¿Quién es y qué hará
el Dr. Hipólito
Irigoyen?*

así, y ante la imposibilidad de producir una reacción moral en el ambiente enfermizo, se retiró del escenario político en que se presentara con tan hermosas perspectivas, abandonó las tareas de Abogado, y en la consagración a las faenas rurales y nutriendo su intelecto en las fuentes puras del saber, esperó la oportunidad de retornar a la acción ciudadana en condiciones de ser útil a la patria.

Compartía estas labores con la cátedra, desde la cual enseñó civismo durante veinte años (con renuncia de su sueldo a favor de la sociedad de Beneficencia), esparciendo semilla que debía de fructificar, como ha fructificado en la formación de caracteres que influyeron decisivamente en el desarrollo del movimiento revolucionario iniciado en 1889, en la asamblea de la juventud, en el Jardín Florida, y que culmina en el advenimiento a la presidencia de la república de quien, en una jornada sin tregua, de veintiseis años, bregó por los principios que acaban de proclamarse definitivamente victoriosos.

Diez años después de su alejamiento reapareció en la escena el doctor Irigoyen, que había consagrado esa década a la cultura pública, educando al pueblo y al fomento de la riqueza nacional, por medio de la colonización y el adelanto de las industrias rurales, que han seguido mereciendo hasta ahora su preferente atención personal.

Fue una de las figuras salientes del movimiento regenerador y se destacó con alto relieve en los preparativos de la revolución de julio de 1890 y en la acción del Parque, como miembro de la junta de gobierno. ¡Y otros habrían sido los resultados de esa jornada si se hubiese procedido de acuerdo con las ideas que sostuvo en su seno!

ACTUALIDADES

Triunfante en la opinión la protesta vencida por la superioridad bélica, el presidente de la república, doctor Pellegrini, buscando desviar la corriente francamente reparadora hacia transacciones que desnaturalizaban el pensamiento nacional, invitó a una reunión a los hombres más notables del país, los patricios, los ancianos, los consulares.

La juventud pidió estar allí representada también por uno de sus autorizados exponentes, y en tal carácter el Dr. Hipólito Irigoyen se sentó entre los Mitre, los López, los del Valle, los Torrent, los Lastra, los Estrada; con ellos discutió y, especializándose con el doctor Pellegrini, puso en evidencia como él era el único ciudadano, por sus funciones gubernativas, inhabilitado constitucionalmente para promover gestiones como la que motivara tal reunión en la casarosada.

El joven aquel convenció a los ancianos; la conferencia concluyó sin resolverse nada, y fracasó el plan presidencial, debido a la altivez y a los razonamientos de Irigoyen.

Un negociado de análoga significación fue motivo de estudio por parte de la dirección de la Unión Cívica, constituida por los políticos más eminentes de esa hora, y combatido con igual eficacia por el doctor Irigoyen, salvó con ello del naufragio, por segunda vez, la obra del resurgimiento argentino.

Constituida la Unión Cívica Radical— que adoptó aquella como programa— el ciudadano que hoy llega a la primera magistratura, ha sido su cerebro y su brazo; le consagró la existencia por entero, y trabajó para obtener recursos con que costear la propaganda, pues conocida es la sencillez de sus hábitos y la austeridad de su vida. Varias veces millonario debió empezar otras tantas a reconstruir su haber, porque en la campaña cívica lo había consumido.

Todo se lo conquistó él por su esfuerzo, actuando en las filas populares, lejos de los centros de la llamada aristocracia y la dinerocracia, que suelen hacer personalidades hasta de figuras de barro. Sus ideas son las de un verdadero republicano: sabe de las necesidades públicas, porque en el pueblo ha vivido: sabe de lo que es el capital y el trabajo, porque ambos le son habituales: le merecen respeto el derecho, la justicia y la libertad, porque víctima ha sido de su detentación por el poder y la rigidez de sus principios, la integridad que le reconocen sus propios adversarios, su modestia ingénita, constituyen la mejor garantía de que hará un gobierno de progreso en todos los órdenes, y por medio de la regularidad administrativa habrá de preparar los excesos financieros que han generado el malestar económico que soportamos.»



Los primeros jazmines



¡Ay, jazmines, jazmines, blancos...!
Recuerdo la vez primera que se llenaron mis manos de estos jazmines, de estos blancos jazmines. He amado después el rayo de sol, el cielo, la tierra verde; he oído el líquido cristal del río en la sombra de la medianoche; a la vuelta de un camino solitario la puesta del sol del otoño me ha salido al paso como una novia que alzara su velo para decir que sí a su amado.

Pero mi memoria sigue perfumada de aquellos jazmines blancos que tuve en mis manos de niño.

¡Cuánto día alegre tuve en mi vida! ¡Cómo he reído con los más felices las noches de fiesta! En las mañanas grises canté a la lluvia mis perezosos cantares. Y ha adornado mi cuello la guirnalda nocturna de bakulas, tejida por la mano del amor... Pero mi corazón está aromado aún del recuerdo de aquellos jazmines frescos que llevaron mis manos de niño. ¡Ay, jazmines, jazmines blancos!



RABINDRANATH TAGORE.



"Cenit"



ARTÍSTICA, bella, interesante, es la revista *Cenit*, cuyo primer número nos ha visitado. Son sus directores el doctor don Julio E. Avila y don Carlos Bustamante, jóvenes entusiastas que poseen felices disposiciones para la rima. Encargado de la parte gráfica es el distinguido artista nacional Ortiz Villacorta. Impresores, Dutztrix Hermanos. Son colaboradores de dicha publicación, además del eminente literato señor Gavidia, el atildado escritor Juan Ramón Uriarte; los vibrantes prosistas Manuel y Raúl Andino; nuestro compañero de redacción Carlos Menéndez Castro y otros. A nuestro humilde juicio, la colaboración poética de *Cenit* no está exenta de nebulosidades y rompecabezas; tal vez esas nebulosidades y rompecabezas no sean tales, sino hermosos pensamientos no comprendidos por nosotros, dada la poca preparación que tenemos para poder interpretar debidamente la manera poética de los vates del día: tal vez con la poesía de *Cenit* nos suceda lo que con los cuadros de los genios del cubismo,—esa endemoniada escuela pictórica que mientras más se analiza más incomprensible se vuelve, poniéndolo a uno a pique de perder el juicio si se empeña demasiado en la tarea.

Y aquí cabe una anécdota, o digamos mejor, ciñéndonos al estilo de *Cenit*: anecdoticemos.

En días pasados, un cubista, muy sincero devoto de su arte, nos presentó un raro dibujo, una obra maestra, firmada, nada menos que por Picasso, el creador del cubismo. Al pié del dibujo se leía esta inscripción: "La mujer tocando guitarra."

Comenzamos a examinar el cuadro como a las nueve de la mañana y llegó la hora del almuerzo sin que apareciera ante nuestros ojos la mujer ni la guitarra.

Por fin, en el colmo de la impaciencia, exclamamos:

—Pero en dónde está esa mujer y esa guitarra, señor cubista?

—Aquí!—respondió el cubista, señalando imperturbable un conjunto de figuras geométricas que a nosotros nos parecían pirámides de botellas de *ginger-ale*.

Durante quince noches consecutivas soñamos con aquel maldito cuadro y quiera Dios que no vuelva jamás el discípulo de Picasso a mostrarnos un trabajo semejante.

Para satisfacer la natural curiosidad de nuestros lectores, ofrecemos a continuación dos casos alarmantes de cubismo poético que encontramos en *Cenit*.

El primero pertenece a don José Luis Barrientos y el segundo a don Ramón Nunfio.

Helos aquí:

I

«SONETIZANDO:

Soneticeemos tu sonrisa, amada. Este florido ramaje de flautas panidas, en la hora de las transmutaciones del alma, es el nido de un ruiseñor hermano de la aurora.

Ritmo indeleble y radiante en el oído saludando a la Esperanza en el estuche de Pandora de mi corazón—romero de tu ca:ino dormido en la trama de sedas de una visión creadora.

Seremos: venturosos sacrificados en tu sonrisa por mi beso hostializada; ruiseñores en la brisa de mi verso y tu jardín con sol de rosas;

Mañanas de colibríes deshojando una ilusión que prestigiarán la forma sagrada de un corazón encendido en los ojos de aguas maravillosas."

II

«MIRRAS DE HOLOCAUSTO.

Tiembla el oro de un rito en mi beso profano, que en tu boca piadosa se desangra aterido. La fragancia de un nardo en tu seno pagano sensualismos exprime de un pudor luncido.

La viudez de sortijas que perdura en tu mano, tu fatiga ardorosa con tibieces de nido mistifica en tus ojos el terror del arcano y suaviza el insomnio que a los dos ha mordido.

Esta amada es la esencia que succiona el deliro, sus ojeras padecen un dulzor de martirio; y es mi anhelo a sus carnes el rigor de una cruz.

Ella intáctil, nutrida con plegarias y cielo presente la caída del isisico velo, y es mi frase a su espíritu un cilicio de luz.»

Leídas las anteriores estrofas, aconsejamos al lector serenidad, mucha serenidad, y sobre todo, paseos al aire libre.

Por la noche, si persistiere el insomnio, una limonadita caliente y a sudar!

FÓSFORO.



Un Cuento



UN día rodó por la ciudad la interesante nueva de la llegada de un mono sabio, quien se proponía pronunciar una conferencia acerca de ciertas singularidades de la vida amorosa en algunos animales de especies distinguidas. La curiosidad pública se despertó con violencia, tanto por la novedad del tema, como por tratarse de un personaje a quien el cóndor, jefe entonces de un gran diario, había llamado, saludándole pomposamente, *sabio naturalista, ilustre viajero*.

A la hora fijada, que habían ya anunciado los periódicos, para la interesante lectura, el anfiteatro estaba de bote en bote. El público, discreto y brillante, estaba constituido por lo más selecto de la fauna. El león, que en su cualidad de monarca, presidía, hizo una señal al mono. Este, entonces, con paso lento y graves ademanes, subió a la tribuna. Hizo una reverencia al monarca, otra al auditorio, y comenzó:

—Invitado en Java, de donde soy originario, por un viajero francés para que fuese a conocer Europa, me decidí a entrar, inducido por él, al museo de experimentaciones del Instituto Pasteur. Allí fué donde conocí al sabio Metchkof, a quien oí, en cierta ocasión, al hablar del amor en general, expresarse con notoria ignorancia, de los seres que él llama, ignoro por qué, irracionales. Discutimos, como era natural.

Probéle que el hombre ignora muchos delicados secretos de nuestra vida íntima. El sabio argumentó mucho, porque es un gran polemista; pero, a la postre, quedó vencido. Entonces fué que la Academia de Ciencias de París, me nombró—favor que no acabaré de agradecer jamás—, para hacer un estudio documentado acerca de la vida sentimental de vosotros. Con este fin, y sin ahorrar esfuerzo alguno, he dado la vuelta al globo. He recorrido los mares y los continentes; he visitado las regiones polares, y puedo decir, sin temor de equivocarme, que sólo unas insignificantes islas de la Oceanía han escapado a mi investigación científica. La tesis trascendental, cuyo desarrollo vais a oír, y que hará revolución en los

El Mono Sabio

circulos intelectuales, es la siguiente: *La vida sentimental del hombre y la mujer no es más que un reflejo de la vida efectiva de los mal llamados animales inferiores.*

(Hubo en el público un vivo movimiento de curiosidad. El orador se sacó de la bolsa un voluminoso escrito, púsose los anteojos y empezó a leer):—Vosotros no ignoráis ya que es una historia tan popular como antigua, que el dios Pan encontró cierta ocasión a una ninfa en el bosque. Ella huyó, como era de justicia y de razón; pero el sátiro, en su loco ardor siguióla presuroso. La ninfa, entoces, no obstante su vivo deseo de caer en manos del perseguidor, se decidió al llegar a una fuente, a esperarle; pero convertida en carrizo de un cañaveral armonioso. La hembra del hombre, como vosotros sabéis, en casos iguales, hace otro tanto. Usa de estrategia, hace hábiles maniobras. Busca y repele, se aleja y llama.

Pues bien: ¿que otra cosa hacen las mujeres y las diosas que lo que hacéis vosotras, dignísimas damas? ¿Vosotras que sois más limpias y puras, más pudorosas y honestas; vosotras, flores perfumadas que representáis la vitalidad más alta de la Naturaleza?—(Después de dichas estas palabras, la atmósfera del anfiteatro se llenó de un amable rumor. —¡Qué lindo lenguaje!—opinó la zorra. —¡Esto no se oye todos los días!—dijo una gata.—¡Y qué dulzura hay en su voz! moduló una garza. Estimulado el orador por aquellos rumores de aprobaci6n, con voz más robusta, continuó:

¿Qué ser hay más honesto que la hembra del topo? Vosotros sabéis que huyendo del amor, hace profundas excavaciones, labra inmensas galerías. El topo la sigue obstinadamente sin descanso; y la noble virgen sólo se entrega a su perseguidor cuando tiene las manos desgarradas y no puede defenderse. (En el auditorio hubo un movimiento de sorpresa y un agradable mumullo).

Por lo que respecta a la galantería, de que el hombre hace tanto alarde, ¿qué es sino una imitación de la cortés del gorrión cuando inicia sus amores, o de ciertos pájaros de la América del Norte,

ACTUALIDADES

que bailan con sus hembras en ronda y que en sus fiestas hacen su conquista amorosa? ¿Quién no siente una admiración ardiente ante el *Pájaro de Australia*, que construye con ramas verdes una linda vivienda, la tapiza con flores y luego la ofrece al objeto de sus amores? Si la hembra acepta el regalo, se queda en la morada; más si no es de su agrado, se aleja, y el pájaro como gentil caballero, la acompaña hasta su nido. ¿No es esto bello? No es esto finalmente encantador?

El auditorio hizo sonar en el anfiteatro una tempestad de aplausos. El orador fué calurosamente ovacionado por aquellas inestimables revelaciones. Luego continuó:

—Hasta la crueldad de la mujer, que el hombre llama felina, ¿no es imitación de la crueldad de algunas de vosotras? Cuenta Herodoto que hay en el Africa ciertas serpientes voladoras que se comen a sus machos en la época de sus amores. Y Reiny de Gourmont afirma que las arácnidas devoran a los suyos, y con refinamiento de crueldad, pues se los empiezan a comer vivos.... (En el público hubo un rumor sordo y prolongado). Y la crueldad maternal de la mujer, ¿no es también una vil imitación? La coneja suele matar a sus hijos a mordiscos.... (Al oír estas palabras la coneja bajó los ojos, avergonzada, y se cubrió el rostro con su abanico). Y la cigüeña, ¿no mata a menudo alguno de sus pequeñuelos?

—No es que los mató, sino que doy en tributo uno de ellos al dueño del lugar donde construyo mis nidos,—dijo la cigüeña, indignada.

El orador continuó: ¿Y esos *specimens* de crueldad que se llaman la gata y la zorra, ¿no sienten un placer vivísimo al comerse a sus recién nacidos?

—¡Mentira!—dijo la gata.

—¡Eso es una falsedad!—gritó la zorra.

El orador les dirigió la mirada por sobre los anteojos, y dijo:—Eso es cierto; es una verdad comprobada!

—Pero hay verdades que no deben decirse!—objetó la zorra. ¡Ud. es un impostor!

—Yo creo, dijo la gallina, que debe dejarse hablar al orador, ya que está contando cosas tan bonitas e interesantes. Uno no debe de arrepentirse de las cosas que hace....

—Soy de la opinión de la respetable zorra, gritó un elefante, en el sentido de que hay verdades que no deben decirse, y especialmente las que se relacionan con los secretos de la vida privada. No todos tienen gran valor, como por ejemplo, para cultivar sus amores en público, como lo hacen las honorables gallinas.

Un hipopótamo que estaba en un rincón, riéndose, dijo en voz baja a un codrilo que estaba cerca:—Ya veo que

estas gentes no van a poder jamás entenderse. ¡Que dejen hablar al orador! ¡La verdad, aunque amargue!

—El mono es abuelo del hombre, dijo una gallina, y es por eso que nos quiere deshonrar.

—¡De ninguna manera!—exclamó el conferencista, ya con un poco de miedo. *¡Timeo Danas et dona ferentes!*

—¡Nos está insultando!—gritó una gansa. Que hable en lengua vulgar para que todos le entendamos.

Se había hecho allí una gran botahola, pues todos querían hablar a la vez; más cuando vieron que el león se preparaba a lanzar un rugido para llamar al orden, se hizo de pronto el silencio. Entonces la zorra dijo, como para dar el último golpe:

—Además, en el camino que lleva el orador, acabaría por revelar las más secretas intimidades amorosas del rey y de la reina, y esto, no gustaría, de seguro, a sus majestades....

Al oír esto la leona se encendió en rubor, se puso trémula, y, no pudiendo dominar su inquietud, arrimóse al león y le habló al oído. El rey hizo con la cabeza un signo afirmativo y llamó al tigre, su edecán, y le dió una orden en voz baja. El tigre, entonces, de un salto subió a la tribuna, arrancó el manuscrito de las manos del orador, y lo depositó en la mesa. El mono quedó estupefacto, sin saber si bajarse o quedarse en la tribuna. Al hacer aquella manifestación el rey, pasó por el anfiteatro algo como un rumor de marea.

—¡Que se quemese ese manuscrito!—dijo una voz.—¡Sí, que se quemem!—gritaron cien voces—¡A la hoguera! ¡Que se incinerem!

—El camaleón se puso de pie: y cambiando dos veces de color, dijo:—Lo mejor sería que se pusiera en el *Index*, en interdicción; salvo que Uds. opinen lo contrario, que en ese caso, lo mejor será que no se ponga. Y se sentó.

Cuando notaron que el rey daba su aprobación, hubo como un temblor sísmico.—¡Que se quemem en la plaza pública! gritaron.—Y, como hojas secas arrastradas por un vendabal, salieron, alegres, con esa alegría terrible de las muchedumbres cuando se trata de destrucción.

Encendieron una pira en la plaza pública y el tigre, con ademán solemne fué arrojando entre las llamas cárdenas, uno por uno, los pliegos del manuscrito. La multitud gritaba frenética, como animada por un entusiasmo bélico. El mono, que había sido arrastrado por la corriente, estaba también allí, presenciando el horrendo holocausto. De pronto pchó: Esto es monstruoso. Ya veo que soy un precursor como Miguel Servet o como Galileo, y, por lo mismo, estos bárbaros son muy capaces de quemarme a mí también; le